



2016

Ola de sucesos en el jirón Vasco Nuñez de Balboa

Antonio A. Gazis Mr

Loyola University of Chicago

Follow this and additional works at: <http://trace.tennessee.edu/vernacular>



Part of the [Fiction Commons](#)

Recommended Citation

Gazis, Antonio A. Mr (2016) "Ola de sucesos en el jirón Vasco Nuñez de Balboa," *Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture*: Vol. 1, Article 2.

Available at: <http://trace.tennessee.edu/vernacular/vol1/iss1/2>

This Article is brought to you for free and open access by Trace: Tennessee Research and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in Vernacular: New Connections in Language, Literature, & Culture by an authorized administrator of Trace: Tennessee Research and Creative Exchange. For more information, please contact trace@utk.edu.

Ola de sucesos en el jirón Vasco Núñez de Balboa

Doña Penélope besó a cada uno de sus nietos. Saludó a doña Rosa, encargada de la movilidad, y hablaron de verse para tomar el té. Los niños, desde sus asientos, le hicieron señas de adiós. Doña Penélope sonrió, y siguió el auto hasta donde la vista se lo permitió. Entonces entró, recogió la mesa, lavó los platos y frotó sus manos en el delantal. Luego, se dirigió al patio trasero y retiró la manta que cubría la jaula de los pericos. Estos aletearon, en tanto esperaban que el agua y la comida fueran renovadas. Eran cuatro o cinco, destacando uno al que una malformación lo hizo afrontar la vida con las patas siempre en posición horizontal.

Los niños lo bautizaron Bruce Lee.

Tras satisfacer las necesidades de los pericos, tomó un abrigo, envolvió su largo cuello con una chalina y fue al supermercado. Hizo las compras de la semana y, al volver, se detuvo en el puesto de periódicos. Tomó uno. De vuelta en casa, guardó las carnes en el congelador y acomodó lo demás en las repisas de la cocina.

Más tarde, en tanto el arroz se cocine, saldrá al balcón y regará las macetas.

Silvia entró cubierta en bolsas y dándole a la puerta un golpe de tacón. Dejó las llaves en la mesa, lanzó las bolsas sobre el mueble y colgó su saco en la percha. Hizo el ruido de siempre, el cual tanto molestaba a Sergio; sin embargo, tan altos eran los jadeos en el dormitorio que ni él ni Laura escucharon su ingreso.

Sergio se vistió con lo que encontró y fue tras ella. Mientras Silvia corría hacia el estacionamiento, él la esperó colocándose a la salida de los autos, pero no pudo evitar su partida. ¡Silvia, espera!, gritó un par de veces, sin convicción, a pesar de la exclamación.

Ella ni lo miró.

Volvió lo más rápido que pudo al departamento para llamarla, marcó su número pero recibió el tono ocupado. Pensó en salir a buscarla, pero ¿a dónde?, se preguntó. Colgó el teléfono y llevó sus manos sobre su cabeza.

Entonces vio a Laura recostada sobre el marco de la puerta. Ella quería un poco más.

Tan desorientado estaba el loco que solía echarse en el parque ubicado a la espalda del jirón Vasco Núñez de Balboa que ni cuenta se dio que el parque lo tenía al lado y siguió su camino, entrando al jirón en busca de este. Zigzagueaba, saliendo de la vereda invadiendo la pista y luego saliendo de la pista pisando la vereda.

Gabriela y Percy no pasaban el mejor de sus momentos. Se habían cumplido dos años de la pérdida de su hijo. Gabriela eligió el reproche como manera de afrontar el duelo, mientras Percy optó por el silencio. Y por el alcohol, uno que otro día. Un psicólogo, a manera de sugerencia, les mencionó la posibilidad de tener un nuevo hijo.

Ellos se miraron, sin decir una palabra. En todo ese tiempo no lo habían considerado. Percy adelantó su cuerpo, antes recostado sobre el respaldar del sillón. Colocó sus manos

sobre las rodillas. No le parecía tan mala la idea. Por el contrario, Gabriela quedó inmóvil, casi ofendida.

¿Lo buscas reemplazar?, le preguntó.

Como no podían mandarlos al colegio, Carolina pensó que ella y su esposo podían ser buenos profesores para los niños. En el salón al lado del jardín, colocó carpetas y colgó una gran pizarra. Compró muchas tizas —blancas y de colores— y un par de motas.

Lo decoró muy bien.

Vistió una chompa azul oscura, y una falda larga y negra. Acomodó su cabello para que cayera delante de sus hombros.

Para doña Penélope, aquel hombre no estaba loco. Es decir, lo estaba, pero no como lo describían los vecinos del jirón. Es verdad que gritaba palabras sin sentido, que andaba harapososo y que acosaba a las mujeres que cruzaban el parque, pero entonces una duda la asaltaba. Si está tan loco como dicen, ¿cómo hace para, a pocos días de las fiestas patrias, encajar esas incomprensibles palabras en la melodía del himno nacional?

Tan apartado de la realidad no estaba.

Pignano había heredado la cafetería Liguria, la cual, entre otras cosas, vendía unas deliciosas empanadas. Nunca quiso revelar el secreto, pero muchos sospechaban que algo tenía que ver el aceite de oliva. Fuera de carne, queso, chorizo, picadillo o espinaca, de muchos puntos de la ciudad se acercaban al jirón solamente por ellas.

Eso sí, Pignano ni se movía.

Todo estaba organizado de tal manera para que él no tenga que ponerse de pie. Pedía siempre que le pagaran con el monto exacto. Sentado sobre su banco, no se movía ni para abrir la caja registradora. Lo hacía con la ayuda de un palo, dejando caer el dinero.

Junto a su esposa preparaba las empanadas y demás. Estas muchas veces se terminaban rápido, por lo que había que entrar a la cocina a preparar más.

Le molestaba cuando eso ocurría.

Con la máquina de tejer, Carolina les confeccionó uniformes. Los hizo tal como el de los nietos de Doña Penélope, a quienes desde el balcón veía todas las mañanas: pantalones y faldas grises, camisas blancas. Los terminó un domingo por la noche. Al día siguiente, tras el desayuno, les dijo que se los pusieran. Luego los llevó al aula. Cada uno elija una carpeta, dijo. Ellos recorrieron el salón, asombrados. Hasta dejaron escapar sonrisas, o al menos eso fue lo que a ella le pareció.

Al sentarse, impartió algunas reglas. Dijo que para intervenir debían primero levantar la mano. Y si acaso querían ir al baño, debían también pedirlo. A las diez y media de la mañana, tras culminar la explicación de algunos conceptos matemáticos, una campana sonó.

Pueden salir al recreo, les dijo.

Ellos corrieron hacia el jardín.

Sin que Percy lo supiera, Gabriela todas las mañanas se sentaba en la misma banca del parque Vasco Núñez de Balboa, desde donde vio por última vez a su hijo. Guardaba la esperanza de verlo correr nuevamente entre los árboles.

De abrazarlo.

Quizás Percy tenía razón, pensó. La idea no era del todo mala.

Carolina tocó la campana y les dijo a los niños que el recreo había terminado. Debían lavarse las manos y volver al salón. Sería ahora el turno de su esposo, quien les enseñaría inglés y también religión.

Al verlo dirigirse hacia los alumnos sin problemas, subió las escaleras y salió al balcón que daba al jirón. Como todos los días, se encontró con la mirada de doña Penélope, quien regaba sus macetas.

Cada semana, a Pignano le llegaban un par de diarios italianos. Un muchacho se los traía desde el puerto. Él no entendía lo que estos decían, salvo una que otra palabra que, siendo honestos, cualquier hispanohablante podría descifrar.

Los ubicaba sobre el mostrador, creyendo que estos le daban a su tienda un aire más tradicional. Lo confirmaban los italianos de la ciudad, quienes, sentados en su cafetería, los ojeaban y comentaban las noticias, mientras él seguía resolviendo el crucigrama del diario La Crónica, el cual sí entendía.

Muy de vez en cuando lamentaba no haber aprendido la lengua de su padre.

Su mirada siempre la incomodó, no le gustaba tenerla como vecina, pero qué podía hacer. Tal como la familia, uno no los elige. Además, le parecía muy extraña esa pareja, casi siempre dentro de casa.

La saludó e intercambiaron sonrisas. Aquel día, como nunca, Carolina cantaba en tanto regaba sus macetas. Se mostraba de buen ánimo. Al terminar, se despidió y desapareció tras la puerta de su balcón. Doña Penélope quedó un tanto nerviosa.

Su cuerpo estremeció.

Sin querer movió una de sus macetas y esta inició su descenso. El loco nada pudo hacer. Cuando levantó la vista ya la tenía encima.

Silvia últimamente había estado conversando mucho con su exnovio. Varias veces le provocó verlo, sobre todo cuando la conversación se tornaba calentona, pero todo quedaba en palabras. Esa mañana, cuando volvió antes de tiempo y encontró a la chiquilla del quinto piso moviéndose sobre Sergio, decidió no postergar más el encuentro.

Encendió su auto y salió disparada. Mientras recorría el jirón, sacó su celular para llamarlo. Sin embargo, cuando él contestó, se le escurrió y cayó bajo sus pies. Se agachó a recogerlo. Al volver sus ojos sobre la pista, un hombre la había invadido. Silvia logró girar el timón, evitando llevárselo de encuentro, pero no le alcanzó para volver sobre la vía.

Se estrelló contra una pared.

El impacto sacudió a Pignano, quien, tras terminar el crucigrama, dormitaba sobre su banco. El carro había quedado delante de él. Poco más y lo llevaba hasta la cocina. Los clientes quedaron asombrados. *Stronzo*, dijo uno. *Pezzo di merda*, dijo otro, pero no por el impacto, sino porque el dueño se había alejado de su banco, al fin. Nunca habían visto a Pignano de pie. Nunca imaginaron que medía casi metro noventa.

Pignano le reclamó intensamente a Silvia el haber destruido su cafetería, sin importarle cuántas empanadas le había comprado a lo largo de su vida. Moviendo sus manos sin parar, le repetía que la haría pagar hasta el último centavo. Ella, sin rasguños gracias a la bolsa expulsada por el timón, le explicó que el choque no había sido su responsabilidad, y que si se salió de la vía fue por culpa del loco del parque. Este de pronto había invadido la pista y no tuvo otra que esquivarlo. Pignano la acusó de mentirosa, pues el loco nunca se alejaba del

parque, entonces ella le dijo que podía salir a comprobarlo. Mientras más curiosos se iban acercando a la cafetería Liguria, Pignano y Silvia salieron en busca del loco, a quien encontraron tirado en la vereda con restos de tierra y trozos de maceta sobre la cabeza.

Pignano lo tocó con su palo, pero este no reaccionó.

Tantos fueron los curiosos en el jirón Vasco Núñez de Balboa que la Policía también se acercó. Y tan fuerte el impacto que, dos cuadras más arriba, Sergio a Laura volvió a apartar. Desde la ventana vio el auto de Silvia destrozado, y agitado llegó hasta la cafetería. Quien también llegó minutos después fue el exnovio, asustado por lo que escuchó a través del celular, pero ella, junto a Pignano, solo quería saber de dónde había caído la maceta que desvió al loco. Otearon techos y balcones, encontrando, en lugar de dos posibilidades, solo una, pues doña Penélope, al ver lo que había causado, guardó inmediatamente las suyas y se escondió tras la cortina.

Pignano tocó el timbre de aquella casa de las macetas como un desquiciado, interrumpiendo así la clase de religión. Los niños, como siempre que sonaba el timbre, corrieron hacia el sótano. Carolina y su marido trataron de tranquilizar al dueño de la cafetería, diciéndole que ellos nada tenían que ver con lo ocurrido. Pignano levantó su palo y comenzó a darle golpes al marido, diciéndole que le haría pagar hasta el último centavo, sin importarle cuántas empanadas le había comprado a lo largo de su vida. Tantos fueron los golpes que finalmente fue intervenido. De un lado tiraban los policías y del otro su esposa, pero sin éxito, pues sus manos resbalaban debido al aceite de oliva con el que había estado preparando las empanadas.

Mientras Silvia subía a la ambulancia para ser chequeada por precaución, Pignano los siguió acusando de golpear a aquel hombre ahora tendido en la vereda con una maceta rota en la cabeza, causando así el accidente que destrozó su tienda. Carolina y su marido lo

negaron, diciendo que la maceta también podía haber caído de la casa de doña Penélope, hasta señalaron el balcón de su vecina, y vaya que quedaron en ridículo. Aquel balcón estaba completamente vacío. Extrañados, no supieron qué decir. Los esposos, junto a Pignano, fueron introducidos a un patrullero.

Una vez que se alejaron del jirón, doña Penélope dejó las cortinas y se asomó al balcón.

Minutos después el tránsito fue reestablecido, y así, la movilidad que traía a sus nietos pudo entrar. Doña Penélope bajó a recibirlos, y los besó en la frente. El menor de ellos la abrazó muy feliz, pues había conseguido la figurita que le faltaba para completar el álbum del mundial de fútbol. Se trataba de un jugador polaco. Se la mostró y entró corriendo, junto a los demás. Ella solo sonrió, y antes de entrar confirmó la hora en que tomaría el té con la señora que manejaba la camioneta. Entonces cerró la puerta y sirvió la mesa, sin alcanzar a ver lo que faltaba por suceder en el jirón.

En tanto el loco despotricaba palabras muy claras hacia el balcón que ocultaba sus macetas, cuatro niños, muy temerosos, al no sentir la presencia de los adultos, se animaron a salir del sótano. Lentamente traspasaron el umbral de la puerta. Vestían un uniforme blanco con gris. Tiempo que no veían la calle, el transitar de los carros, las idas y venidas de las personas. Tiempo que no sentían el viento recorrer sus rostros. Tiempo que no veían a un loco gritar porque de pronto encontró el parque que estaba buscando.

Más ruidoso que el loco, que el impacto del auto de Silvia y que los reclamos de Pignano fue el grito que dio Gabriela, al ver que entre esos cuatro niños estaba el suyo, quien había sido secuestrado por una demente pareja que vivía a pocos metros de su casa, en un jirón llamado Vasco Núñez de Balboa.